

admirable un joven escritor extranjero, ahora en Chile, y cuyo nombre no quiero revelar».

Arcangel.—¿Antonio Castro?

Don Sixto.—El mismo, escritor cultísimo, según ya lo advertía, formado cerca de Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, y entre... pero, escuche aún a Pedro Prado, cuando habla del éxito: «El librito no valdría cuarenta centavos, para ser la producción de un chileno; pero, como se trataba de todo un Karez-I-Roshan, candidato al premio Nobel—así rezaba la carátula—todos pagaron un peso ochenta; la edición se vendió, y resultó ser éste el único de mis libros con el cual hice mi negocio. Pero hay más todavía: adjuntando una tarjeta de luto en que se leía «Paulina Orth, profesora de idiomas, Montevideo», remití ejemplares al extranjero, y he recibido cartas entusiastas hasta de Estados Unidos. Se me comunica por una Asociación de allí que estos fragmentos de Karez-I Roshan van a ser traducidos al inglés para adoptarlos como lectura en las escuelas. Esto puedo probarlo con varias cartas que tengo en mi poder».

Arcangel.—No podía resultar menos.

Don Sixto.—¡Si usted leyese la efusiva epístola de Tomas Walsh, que se felicita de que exista ya un digno sucesor de Omar Kaiyan! Mas, aún queda algo por hilvanar, por lo que toca a las sospechas: «No sólo no han sospechado—dice el autor de «Alsino»—sino que amigos míos, muy inteligentes, se han exaltado defendiendo la sublimidad de la obra de Karez-I-Roshan, cuando yo he dicho, por picarlos, que no me parece una gran cosa. Un día, en un grupo de amigos dije:—No lo considero esto tan sorprendente. Creo que yo he hecho algo mejor,—y me miraron sonriendo; pensaron tal vez que me estaba volviendo loco. ¡Si no lo sabré yo, que tengo cosas mejores!»

Arcangel.—Nunca hubiera caído en tal sospecha, porque los «Fragmentos» denuncian un claro talento, y la superchería está bien urdida. Venga acá el libro y releamos algunas de sus páginas, que abundan en una simple y noble belleza, aunque no todo es oro lo que en ellas aparece. Oiga usted:

«Mi amor era tan puro y diáfano que tú no lo veías. ¿Qué hacer? me dije. Y lo enturbí».

«Buscando que nadie oiga lo que hablamos, pones tu boca en la mía y yo oprimo mis labios contra los tuyos. Así nadie escucha nada, y nosotros todo lo comprendemos».

«Soy—dijo el poeta, al pasar por entre la alegre multitud,—como la luna olvidada del mediodía. Cuando la tristeza, al igual de la noche, llega, esta gente advierte mi presencia: a

semejanza de la luna, sólo entonces comienza a brillar para los hombres».

«Puedo yo pulverizarme en fulgores infinitos hasta ser eternamente la fuente luminosa y el camino del resplandor!»

«Entremos en el sueño llevando un pensamiento obscuro. Mientras la noche reina, las simientes sembradas se hinchan y germinan».

«Música de sol, vértigo inefable, eternidad! La luz atraviesa mi cuerpo, como un claro cristal, y lo limpia de toda sombra!»

«Pueda yo pulverizarme en fulgores infinitos hasta ser eternamente la fuente luminosa y el camino del resplandor!»

«El que aprende puede olvidar, sólo quién descubre recuerda siempre».

Don Sixto.—Obra de arte es, aunque nada tiene de extraordinario, quien podrá dudarlo, y donde acaso lo trivial explica justificadamente su intención. Bien se me alcanza que el objeto se ha conseguido y que sus autores sólo pretendieron burlarse donosamente de todos los orientalistas y orientalizantes habidos y por haber. No cabe pedir ni esperar más. Alguien me ha referido que el éxito del libro ha resultado cosa curiosa: se ha solicitado en el extranjero y, en Estados Unidos, el fundador de la Hispanic Society of America se constituyó en su más caluroso elogiador. Y esto para no recordar tan sólo las simples pruebas de adivinación local tributadas en Santiago a Karez-I-Roshan, en una de cuyas asociaciones teosóficas se aceptó el espíritu de los «Fragmentos» como expresión ortodoxa de sus doctrinas y donde un escritor conocido proclamó la figura del poeta afgano como la más venerable después de la de Cristo.

Arcangel.—La lección es saludable y toca desear que les aproveche a cuantos se asombran cada día ante todo lo exótico, teniendo algo de más pura calidad que admirar en casa. Yo no dudo ni niego la belleza de los poemas de Kaiyam, de Tagore o de Saadi, pero no los tengo por cosa del otro mundo, ni mucho menos. Tal vez soy escéptico, tal vez carezco de entusiasmo o, acaso, mi sensibilidad resulte un poco anacrónica. ¿No ha hablado cierto psicólogo de la oxidación de los sistemas nerviosos? Acaso soy un oxidado, un retardario, un misoneísta; pero no estoy con el Oriente, ni deseo entender el movimiento. Bien pudiera ser que mañana hasta un discípulo de Freud acabara por clasificarme como un caso para sus raros muestrarios psicoanalíticos; sin embargo, así soy y así me he de quedar ..

ARMANDO DONOSO

Sendero

Sólo necesitas cerrar tus dos ojos y seguir mis pasos por este camino. Hay garfios quitados, piedras, espinas... por este camino no importa que vengan tus ojos cerrados.

Después que los abras ¡qué dicha tan grande! por este camino siguiendo mis pasos, sin garfios ni abrojos, me verás el alma después que tú tengas abiertos los ojos.

Por este camino sin garfios ni abrojos lo que yo siento sentirás conmigo. Siquiera un momento sentirás conmigo lo que yo siento después que tu tengas abiertos los ojos.

Un espectro

Soñé con un hombre... En la gran noche borrosa, bajo la sombra en derroche, en el Cementerio y entre cada fosa, se puso a rezar él solo de noche...

En la gran noche borrosa, de hielos y arbustos yertos, ¡ay!—con infinita piedad dolorosa— se puso a rezar por todos los muertos.

De aquellos sitios desiertos con los ojos en la altura, qué triste era su queja hacia los muertos con angustia en cada negra sepultura.

Mas, tras de su letanía llena de angustia y de calma, aquel eco que yo oía... Qué queja muriendo, qué triste y sombría la queja se alzaba... Qué extraña armonía: un eco en la sombra, la sombra en derroche y ese eco elevándose bajo de las tumbas por sobre la noche...

ARTURO MEJÍA NIETO

Washington—1923.

LA MEJOR

Fábrica de siropes y bebidas gaseosas

JUAN LUIS CAMPOS

Calle 5ª sur, entre avenidas 6ª y 8ª sur
Nos. 650 y 656

TELÉFONO No. 190 — APARTADO No. 935

SAN JOSE, COSTA RICA